

María García de Fleury

MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ

(25 abril 1875- 02 de abril 1967)

MUJER DE EUCARISTÍA Y MISERICORDIA,
LA PRIMERA VENEZOLANA EN LOS ALTARES

INDICE

A modo de presentación

Dedicatoria

LAURA ALVARADO CARDOZO, LA MADRE MARIA DE SAN JOSÉ

LA NIÑA Y LA JOVEN LAURA

EL “LLAMADO” A TRAVÉS DE LA PESTE

LA CONGREGACION

¿CÓMO ERA LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ?

MADRE MARIA DE SAN JOSÉ Y LA EUCARISTÍA

DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

LA CONGREGACION CRECE

PARALELISMOS

EL FINAL DE SUS DIAS

CONCLUSION

ORACIÓN

BIBLIOGRAFIA

A modo de presentación:

Acercarse a la vida, santidad y obra de nuestra amadísima Madre Fundadora, la beata María de san José, es siempre una aventura fascinante y desconcertante. Pareciese que en su rica espiritualidad y su admirable personalidad, nos adentrásemos en un mar inagotable de ejemplo y virtud, desde la sencillez de un alma cándida, fina, delicada, sensible y a la vez con un temple y un “guáramo” como diríamos en criollo, nada común, para emprender grandes retos en medio de una sociedad venezolana muy difícil como lo fue a finales del siglo XIX e inicios del XX.

La Profesora María García de Fleury, a quien agradecemos profundamente esta publicación, una vez más nos ofrece en estas líneas, una lectura agradable, amena y concisa que nos acerca página tras página a esta mujer, primera beata de Venezuela; nos sitúa en su contexto histórico, nos aproxima a sus experiencias místicas, nos permite vivenciar su vasta obra de caridad, su ilimitado amor a Jesús Eucaristía, nos hace tocar espiritualmente sus deseos más profundos y la candidez de su delicada alma.

María de San José hoy sigue viva en medio de su pueblo y nos sigue gritando, con su ejemplo y su santidad, que Sí es posible ser santo hoy, aún en las circunstancias adversas que nos rodean, asumiendo nuestra propia historia y nuestra cultura con compromiso y fidelidad a Dios y a los hermanos.

Hna Gracelia Molina T., arcj

Vice-postuadora de la causa de canonización de la beata María de San José.

Dedicatoria

A las Hermanas Agustina Recoletas, hijas de la Madre María de San José, quienes con su humildad, alegría de vida y oración profunda arrastran a tantas personas hacia el amor a Dios, porque están abiertas a la gracia y dejan que el amor de Dios actúe en ellas.

A ellas y a todos sus colaboradores: gracias por hacer que nuestras sociedades se llenen de esperanza, ilusiones, amor a Dios y a la Virgen.

LAURA ALVARADO CARDOZO, LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ

El mundo entero admira a una persona que desarrolla en grado máximo todas sus potencialidades, capacidades y habilidades. Si además de eso, se le agrega el aspecto espiritual y religioso a todo lo que ha desarrollado y lo hace por amor a Dios, sus hábitos humanos se convierten en virtudes y su labor tiene cada vez más repercusión en el bien de la sociedad donde vive.

Eso fue justamente lo que hizo la Madre María de San José, quien nació en plena región central de Venezuela en el Estado Aragua en 1875. Una época histórica donde el Gobierno del General Antonio Guzmán Blanco, (1870-1877) **logró que reinara la paz en todo el país** **¿¿¿¿¿?¿¿¿¿cómo la paz?** y luego asumieron el poder Cipriano Castro seguido por el General Juan Vicente Gómez. Ella, logró cambiar y mejorar la sociedad venezolana.

LA NIÑA Y LA JOVEN LAURA

Al noroeste del Estado Aragua y frente al Mar Caribe se encuentra el valle de Choroní. En 1875, era un lugar de haciendas de cultivo de café, cacao y caña de azúcar. Allí nació Laura Evangelista Alvarado Cardozo, la primogénita de los cuatro hijos de la unión de Don Clemente Alvarado y de Margarita Cardozo

Clemente era de Aragua, fue músico, se dedicó a la carpintería y al comercio. Por sus creencias anticatólicas se había negado a casarse por la Iglesia, pero él y Margarita tenían una relación estable. Durante las guerra civiles, participó tan activa, valiente y acertadamente que obtuvo el grado de “general”.

Por su parte, Margarita había nacido en Choroní y ella misma se describió diciendo: “soy india con mi cabello bien negrito”. Era una mujer religiosa que le inculcó la fe a todos sus hijos. Fue la gran ayuda y el apoyo para su hija Laura durante toda su vida.

Laura nació un 25 de abril, día en que la Iglesia celebra a San Marcos, el Evangelista. Por eso le pusieron el segundo nombre de “Evangelista”. A los seis meses de nacida, el trece de octubre 1875, el Padre José María Yépez, la bautizó en la Iglesia parroquial de Choroní. A los dos años, con motivo de la visita pastoral del Arzobispo Monseñor José Antonio Ponte, recibió el sacramento de la Confirmación.

Cuando tenía tres años se mudaron para Turmero y luego para Maracay. Allí, junto con su abuela se acostumbró a rezar diariamente el Rosario. Tenía el pelo largo lleno de crespos y a su mamá le decía: “Quiero vestirme del color del cielo”.

Estudió en Maracay en el colegio de la familia Blanco desde los cinco hasta los diecisiete años. La consideraban una niña muy inteligente, con gran memoria, decidida y enérgica; y al mismo tiempo muy sensible al dolor ajeno e inclinada a las cosas religiosas.

Junto con su mamá, visitaba a los enfermos, llevándoles consuelo, palabras de alegría y esperanza. Le daban gran gusto esas visitas. Además, se sentía feliz de poder compartir con su mamá las obras de misericordia. Con los recortes de madera sobrantes de la carpintería de su papá, jugaba a hacer altares.

Tenía Laura nueve años cuando uno de sus vecinos estaba grave a punto de morir. Ella fue a verlo y lo invitó a confesarse y comulgar. El señor le dijo que no podía porque no estaba afeitado. De inmediato Laura, buscó los implementos para rasurarlo, y lo afeitó. Cuando terminó le dijo: “Ya está usted listo para recibir al Señor”.

Por su inclinación religiosa una señora amiga, cuando Laura tenía apenas siete años, la preparó para recibir la Primera Comunión; pero, por la costumbre de la época, tuvo que esperar siete años hasta llegar a la edad reglamentaria. Esa espera hizo madurar en ella muchos sentimientos religiosos y profundizar en su amor a Dios aun siendo una niña. Por fin, al cumplir los trece años, en la Iglesia de Maracay el 8 de diciembre de 1888, día en que la Iglesia celebra a la Inmaculada Concepción de la Virgen María recibió por primera vez a Jesús Sacramentado. Ese día fue muy especial pues al recibirlo, le hizo un voto de virginidad a Dios prometiéndole trabajar toda su vida por el engrandecimiento de Su Reino. Ya muy mayor, Madre María de San José recordaba que, mientras sus compañeras de edad pensaban en divertirse y casarse, ella pensaba en Dios y en cómo podía hacer para que las personas lo amaran más.

Después de su Primera Comunión, reunió a un grupo de niños de escasísimos recursos económicos y con ellos montó una escuelita donde los enseñaba a leer y escribir liberándolos del analfabetismo imperante en la época. Les insistía que debían leer para aprender cosas buenas. Por eso, los ponía a leer el Catecismo y así los iba preparando a su Primera Comunión. Para costear los gastos de su “escuela” hacía dulces, cosía, bordaba y vendía sus productos. Esta escuela la amplió luego a los jóvenes de la parroquia. Sus padres y familiares apoyaban la iniciativa.

Como era la costumbre, a los quince años su papá la agasajó con una fiesta bailable para introducir a Laura en sociedad. Los invitados bailaban y disfrutaban mientras ella se escondía huyéndole a la vanidad y a los intereses mundanos. Quienes se dieron cuenta de la ausencia de Laura no se sintieron extrañados pues estaban acostumbrados a verla entrar en la Iglesia a rezar, la veían con su libro de oraciones, el rosario en la mano y con un crucifijo en el pecho. Esto hizo que la llamaran “La Niña de Cristo.”

Su padre, Don Clemente, no estaba de acuerdo en que su hija fuera a diario a la Iglesia. Pero Laura, con la excusa de que iba a pasear, salía todos los días a la Misa. Antes de llegar a la Iglesia, y al salir, daba un paseo a fin de nunca decir mentira. Era verdad, salía de paseo, pero a la vez iba a Misa, consciente de que “es más importante obedecer a Dios que a los hombres” (Hechos 4,19) y se pasaba muchas horas orando. Mostraba así desde su juventud, que mantener principio y valores firmes es lo que lleva a las persona a desarrollar grandes ideales, y que la fe en Dios le permite al ser humano desarrollar una personalidad sólida, segura, sin angustias, llena de esperanza y confianza en un mundo mejor.

El Padre Justo Vicente López Aveledo, sacerdote de la Guaira fue nombrado párroco de Maracay en 1892. Era un sacerdote que se destacaba por trabajar incansablemente por los pobres y vivir pobremente. Esto lo trasladó a su nueva parroquia de Maracay. Velaba por la salud espiritual de sus parroquianos. Cuando se desató la peste se entregó a los enfermos por completo. Los cargaba en sus hombros para llevarlos al Hospital. Su lema era "Oración y servicio", y decía "No puedo ver con indiferencia, la miseria humana. Trabajaré sin descanso para remediarla”.

Laura Alvarado colaboraba activamente en la Parroquia del Padre López Aveledo. Se ocupaba de todo lo referente a los ornamentos religiosos. A los diecisiete años, el 16 de Julio se 1892 recibió el escapulario de la Virgen del Carmen, el cual llevó toda su vida. Esa fecha fue muy significativa para Laura pues sintió de nuevo en su interior, la invitación para consagrar su virginidad a Cristo.

El Padre López Aveledo decidió fundar a Sociedad de las Hijas de María. Laura fue una de sus primeros miembros y para ingresar, se preparó con ocho días de retiro espiritual en absoluto silencio. Al finalizarlos, renovó su voto de virginidad como un “voto privado”, esta vez en forma perpetua. Así, bajo la protección de María Santísima, experimentó la invitación al amor esponsal con Jesús, fuente de tanta riqueza espiritual. La fundación de esta sociedad se realizó el 8 de diciembre de 1892, día de la Inmaculada Concepción.

EL “LLAMADO” A TRAVÉS DE LA PESTE

Laura deseaba con todo su corazón entregarse totalmente a Dios , quería ingresar a un convento de clausura y como tal, se lo manifestó al Padre López Aveledo. El problema era que el Presidente, el General Antonio Guzmán Blanco, había expulsado del país a todas las monjas y sacerdotes, había cerrado todos los seminarios y para ingresar en algún convento, debía viajar fuera de Venezuela. La decisión no era fácil.

En ese tiempo de discernimiento acerca de qué hacer con su vida, Dios habló de una forma muy clara. Se desató una epidemia de viruela muy fuerte en toda la ciudad de Maracay. El Padre López Aveledo se multiplicaba en su afán de auxiliar a las víctimas de la peste, a consolarlos, aliviarles su miseria. Personalmente los llevaba donde pudieran ser atendidos para que no murieran en la calle. Cuando no podía hacer nada por ellos, se ponía de rodillas, tomaba sus manos y rezaba encomendando su alma y dándoles el perdón de Dios. Todos los esfuerzos parecían pocos al lado de la violencia con lo que atacaba el paludismo, la tuberculosis, la anquilostomiasis y la gastroenteritis.

Al pasar los días, la situación se iba haciendo cada vez más desesperada y el Padre López Aveledo alquiló una casa que transformó en hospital. Se creó así el “Hospital San José” de Maracay. Sin dinero, pero con la confianza puesta en Dios, el Padre López recurrió a la ayuda de los feligreses tanto para pagar el

alquiler de la casa como para la ayuda en materia de ropa, alimentos y medicina. Necesitaba además, personal para ocuparse de los enfermos.

En ese momento, Laura entró a trabajar como voluntaria junto con cinco amigas. Las seis amigas se abocaron de lleno a los enfermos curando las úlceras provocadas por la epidemia, así como todos los males que ello conllevaba y sobretodo, dando consuelo espiritual. La miseria era la ley . Además del azote de las enfermedades, la economía del país estaba destrozada pues la siembras había sido arrasadas por la plaga y habían bajado los precios mundiales de los principales productos de exportación venezolanos como el café y el cacao.

Se iniciaba así, sin saberlo, la línea apostólica que marcaría toda su vida: la atención hospitalaria. Aunque Laura lo que deseaba era entrar en un convento de clausura, retirarse del mundo para buscar en la soledad a Dios, Él le estaba pidiendo con urgencia, servicio activo y entrega a los demás. El pueblo, la Iglesia, los pobres, la necesitaban... Laura se doblegó ante el designio Divino y aceptó Su voluntad entregándose con gran abnegación.

Para las seis amigas se presentó un gran problema. El Padre López Aveledo había puesto como directora del Hospital a una señora española llamada Antonia del Castillo, a quien llamaban “Misia Antonia”, una mujer de carácter muy áspero que las hizo sufrir mucho. A pesar de ello, Laura, con gran humildad, la obedecía y decía que había aprendido a amarla en Cristo. Sin embargo, eran tales los maltratos que Laura sufría en silencio, que enfermó gravemente y estuvo a punto de morir. Misia Antonia recapacitó acerca de su actitud y le pidió a Dios que si Laura se salvaba, ella se iría en silencio del hospital para otra parte. Efectivamente, Laura se recuperó y Antonia, después de haberle enseñado a Laura todos los detalles operativos del hospital, un buen día desapareció. Laura llegó a decir que Misia Antonia había sido “su maestra, su gran maestra”.

Ya recuperada, cada día, Laura permanecía más y más horas en el Hospital, como si hubiera algo que la atara a los enfermos, que no la dejaba irse, hasta que finalmente terminó por hacer del Hospital San José, su residencia fija. Don Clemente, viendo la entrega entusiasta de Laura a los enfermos, no tuvo otra alternativa que aceptar la voluntad de su hija y como buen papá pasaba todas las noches a saludarla, a darle un beso de buenas noches, a intercambiar una conversación aunque fuera breve con ella. La despedida de ambos siempre era “a la venezolana” pidiendo y dando la bendición. Laura le decía: “Bendición papá” y él le respondía “Que Dios te bendiga hija mía”.

Sin directora ni administradora en el Hospital, el Padre López Avelado consideró que la más adecuada para cumplir con esa función era Laura aunque apenas tenía veinticuatro años. Tenía la certeza de que el carácter firme y a la vez maternal, dulce, detallista, junto a su sentido de responsabilidad y capacidad organizativa, Laura lo haría muy bien. Así que el 5 de abril de 1899, Laura asumió la dirección y administración del Hospital San José.

En diciembre de 1899, su papá sufrió una “congestión cerebral”. Laura le ofreció a Dios el ayuno total, por manos de la Virgen María, refugio de los pecadores, si su papá se confesaba antes de morir. Dios, que veía los afanes y la entrega de Laura, le hizo rápidamente el milagro. Don Cemente salió del coma, recobró la conciencia y pidió que le llamaran a un sacerdote. Se confesó, comulgó por primera vez en su vida, le impusieron los santos óleos y luego le pidió a la mujer de toda su vida y madre de sus hijos, que se casara con él por la Iglesia. Dios había aceptado el ofrecimiento de Laura y la había premiado no sólo con la confesión de su papá, sino también con la comunión y el sacramento del matrimonio. A las pocas horas, fallecía Don Clemente.

Una gran mezcla de sentimientos llenó a Laura. Por una parte su felicidad era inmensa porque por fin su papá se había reconciliado con Dios y por la otra, la gran tristeza de perder a su querido “viejo”.

A partir de ese momento, Laura comenzó a cumplirle su promesa a Dios del ayuno, la cual cumplió hasta el último día de su vida a los noventa y dos años. Aunque su salud era precaria, durante diez años consecutivos, desde los 24 hasta los 34 años de edad, la Sagrada Comunión fue su único alimento hasta que el Padre López Aveledo le pidió que mitigara el ayuno. De allí en adelante, todos los días en el desayuno comía un pedazo de pan tostado, un par de cucharaditas de maicena y un trocito de frutas. En el almuerzo una cucharada sopera de arroz y un pedacito de plátano verde aliñado con ajo. A veces agregaba un pedazo de casabe. Para mortificarse tomaba jugo de naranja amargo. En la noche no comía nada.

LA CONGREGACION

Laura, además del gran trabajo que realizaba en el hospital, tenía el gran sueño de fundar un Instituto dedicado a los niños huérfanos. Para ello contaba con la ayuda de las voluntarias que trabajaban con ella en el Hospital y que se llamaba a sí mismas las “Samaritanas” .

Por su parte, el Padre López Aveledo las invitó a formar una comunidad religiosa y se dedicó a pensar bajo cuáles normas eclesásticas se podrían regir. Llegó a la conclusión que lo más adecuado era ponerlas bajo el carisma de las Agustinas Recoletas.

La Orden de San Agustín, fundada en 1244, había pasado por unas reformas en el siglo XVI . Buscaban recogerse más hacia su espiritualidad inicial y por eso se le llamó la “recolección agustiniana” instaurando un sistema de vida más austero, más intenso en la vida contemplativa y comunitaria. En el siglo XVII , complementaron su carisma con una mayor vida apostólica. El 18 de julio de 1911 la Santa Sede permitió que tanto los agustinos recoletos como las agustinas recoletas, se independizaran del Prior General de los agustinos. El 16 de septiembre de 1912 el papa Pio X las nombró Orden Religiosa.

El Padre Vicente López Avelado consultó acerca de la fundación de una nueva congregación femenina a su antiguo Rector del Seminario de Caracas, Monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas.

Antes de ser obispo, el Padre Juan Bautista Castro, capellán de la Santa Capilla, había tenido la idea de consagrar a Venezuela al Santísimo Sacramento buscando aliviar la difícil situación que afrontaba la Iglesia durante la Independencia, la primera época republicana y en vista de las nuevas perspectivas que se vislumbraban con las guerrillas, las rebeliones y sumado a eso un terremoto...

En Caracas, en la Iglesia de las Mercedes, se había establecido la adoración perpetua desde 1882 lo que había permitido incrementar notablemente el culto a Jesús sacramentado. Muchos años de trabajo le costó al Padre Castro, hasta que, finalmente obtuvo el permiso del Papa León XIII. Para preparar la consagración se constituyó una Junta Nacional, la cual solicitó del Episcopado Nacional, que consagrara a perpetuidad la República a Jesús Sacramentado. Esta petición fue unánimemente acogida por los Obispos. El 2 de julio de 1899 el Arzobispo de Caracas, Mons. Crispulo Uzcátegui, leyó por sí y en nombre de todos el Acto de la Consagración. A la muerte de Monseñor Uzcátegui, el Padre Juan Bautista Castro fue nombrado Arzobispo de Caracas.

Después de nueve años de dedicación a los enfermos en el Hospital San José, el 22 de enero 1.901, el Padre Vicente López Avelado fundó con Laura y su amiga Ulpiana Gil la congregación de las "Hermanas Hospitalarias de San Agustín". Luego se les añadieron dos jóvenes más y así empezaron a crecer.

Deseaban vestir el hábito religioso el día 11 de febrero, fiesta de la Virgen de Lourdes, pero dada la convulsionada y problemática situación política del país, la comunicación para pedir el permiso al Vicario general de Caracas, era sumamente difícil. Laura,

acostumbrada a solucionar los problemas, se puso de acuerdo con el grupo e iniciaron una novena a una santa agustina italiana llamada Santa Rita de Casia considerada como la “abogada de los imposibles”. A ella le prometieron adoptar el nombre y la regla agustiniana para la Congregación, si su poderosa intercesión les alcanzaba la gracia solicitada. De nuevo, la gracia les llegó y con licencia del Vicario general de Caracas, monseñor Juan Bautista Castro, el 11 de febrero de 1901 el grupito de “Samaritanas” ahora llamadas “Hermanas de los Pobres de San Agustín”. vistieron el hábito de Santa Rita y la regla del gran Doctor de la Iglesia, San Agustín.

Por sugerencia del Padre López Aveledo, el mismo Monseñor Juan Bautista Castro nombró a Laura superiora del nuevo Instituto, cargo que conservó hasta el año 1960.

La Congregación tenía como objetivo servir a los pobres de Nuestro Señor Jesucristo. Comenzaron por ayudar a las niñas abandonadas, ancianos, pobres y enfermos.

Laura Alvarado Cardozo asumió el nombre de Hermana María de San José. Ulpiana cambió el nombre a Catalina de San José. Las cuatro compañeras iniciales agregaron a sus nombres el de San José en honor al padre del Niño Jesús y patrón de la parroquia de Maracay.

Año y medio después, el 13 de septiembre de 1902, la ahora Madre María de San José, tomó sus votos perpetuos de pobreza, obediencia y castidad.

Sin previa experiencia, con la impronta agustiniana, cuya espiritualidad encarnó bajo la especial dirección del Espíritu Santo, viviendo fiel y diariamente la regla de San Agustín, Laura, ahora Madre María de San José, dirigió a la nueva familia religiosa que se fundaba en una Venezuela muy agitada.

El Padre López Aveledo redactó los estatutos de la congregación en 1903 y le escribió a Monseñor Castro: "Vistieron con vuestra venia,

el hábito de santa Rita de Casia y se titularon HERMANAS DE LOS POBRES DE SAN AGUSTÍN". El propósito fundacional consistió en buscar la gloria de Dios mediante la santidad en una vida de comunidad según el ideal agustiniano, en la consagración o profesión de votos religiosos, la oración y el servicio a sus hermanos pobres e indigentes.

Desde sus inicios, la actividad de la Madre María de San José fue intensa. En 1902 abrió hospitales en La Victoria y Villa de Cura; en 1905, un asilo en Maracay; en 1909 comenzaba la construcción del hospital de Coro; en 1910 se hacía cargo de otro en Mercedes (Calabozo), al que le siguieron los de Ocumare, Barquisimeto, Los Teques, San Felipe y otros hasta alcanzar la cifra de 38 instituciones benéficas.

El patrimonio de las hijas de San Agustín era la pobreza. A pesar de ello, nunca les faltaron las medicinas, ni el alimento, ni la ropa en ninguno de sus centros. Siempre confiaban y siguen confiando en la Divina Providencia y, aunque sea a última hora, lo necesario aparece.

En 1917 falleció el Padre López Aveledo. La Congregación, tenía sólo dieciséis años de fundada, y quedó bajo la responsabilidad de Madre María de San José. Esto hizo que acrecentara su fe, pusiera de manifiesto su temple de mujer fuerte y se empeñara aún más en ser santa. Decía: *Adelante, Jesús mío, el ideal que persigo eres Tú y sólo Tú: nada me arredra.*

El 17 de septiembre de 1927 consiguió la aprobación diocesana de su congregación por el Arzobispo Monseñor Felipe Rincón González quien fue personalmente a entregársela a Maracay. La Madre María de San José, redactó las Constituciones, que fueron aprobadas el 31 de agosto de 1931 por el mismo arzobispo Felipe Rincón González. Como Congregación, adquirieron personalidad jurídica el 17 de noviembre de 1934.

El 21 de mayo de 1950, que era Año Santo, se agregaron a la orden de los Agustinos Recoletos con los que mantenía relaciones desde

principios de siglo. Por eso cambiaron su nombre al de *Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús*. En 1952 recibió la aprobación pontificia. En 1966, hacia el fin de sus días, la Madre María de San José deseaba fundar dentro de la congregación una rama de hermanas dedicadas a la adoración perpetua del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

¿CÓMO ERA LA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ?

En cuanto a su aspecto físico, los testigos la describen como una persona de estatura baja, delgada, de piel morena, de mirada dulce, penetrante, y semblante agradable. De contextura frágil y aparentemente débil pero con un andar rápido, ligero, enérgico y decidido. Durante toda su vida demostró una gran fortaleza y una actividad desbordante.

La Madre María de San José se caracterizó por ser una mujer que supo equilibrar su vida apostólica, con su vida de oración. Sabía que para desarrollar su auténtica femineidad, la mujer requiere retirarse con frecuencia para tener ratos de silencio donde pueda encontrarse consigo mismo en profundidad y mantener integrados todos sus valores y ¿qué mejor lugar para obtener esto que en sus largas horas de oración y contemplación frente al Santísimo?

Era una mujer reservada que parecía introvertida y tímida, y sin embargo, tenía una gran facilidad para comunicarse, le gustaban los refranes, comunicaba humor y alegría. Con su carácter apacible, conciliador y bondadoso, inspiraba paz y confianza. Las personas se sentían acogidas y cómodas con su trato agradable. Le era fácil ganarse el afecto de la gente. Su sensibilidad hacia las necesidades de los demás, lo manifestaba escuchando con paciencia y atención, pendiente siempre de los detalles para alabar o corregir, felicitar o dar un obsequio. Su sencillez, sinceridad y humildad, junto a su aversión a la hipocresía, hacía que muchas veces pasara por ingenua.

A lo largo de toda su vida, sufrió serios trastornos de salud que, en ocasiones, hicieron temer por su vida. Sin embargo, el Señor le dio el privilegio de vivir hasta los noventa y dos años.

Sus santos preferidos eran:

San Agustín de Hipona, a cuya congregación pertenecía y quien fue un santo con especial devoción a la Eucaristía, consciente que “La finalidad de la celebración de la Eucaristía no es "estar delante" sino "estar dentro". (La Ciudad de Dios X,20)

San Juan Evangelista, por ser el apóstol que estuvo al pie de la Cruz a quien Jesús le dijo: “He ahí a tu Madre” y de ese momento en adelante se ocupó de la Virgen.

El Papa San Pío X (1853-1914) pues fue quien autorizó para que los niños, después de una buena preparación, pudieran recibir la Sagrada Comunión. Este decreto le valió ser llamado el Papa de la Eucaristía.

Sus santas preferidas eran:

Santa Juliana de Cornillon (1193-1258) religiosa agustina de Bélgica quien dedicó gran parte de su vida a promover la devoción del Corpus Christi, cuya fiesta se estableció en 1264, a los 9 años de su muerte, por el papa Urbano IV.

La Bienaventurada María Eustelle a quien llamaban el ángel de la Eucaristía.

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento (1809-1865), una religiosa española, que fundó el 6 de enero de 1859 la congregación de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad, dedicadas a adorar a Cristo Jesús en la Eucaristía, a trabajar por preservar a las muchachas en peligro, y a redimir a las pobres caídas en los vicios y en la impureza.

Santa Magdalena de Pazzis (1556-1607) religiosa carmelita

descalza que tuvo el don de ser maestra de espiritualidad, especialmente para los sacerdotes y el don de vivir la comunión con Dios de una forma cada vez más interiorizada.

Todos ellos santos y santas que poseían amor y una devoción muy especial a la Eucaristía.

La Madre María de San José fue, contemporánea del Venerable Doctor José Gregorio Hernández (1864-1919). A la muerte de éste, Madre María rezaba a diario por su beatificación.

SUS ESCRITOS

La Madre María de San José escribía algunas de sus experiencias espirituales y pensamientos. Esos apuntes espirituales los llamó: "*Mis impresiones de retiro*". Redactaba en estilo coloquial, sencillo haciendo referencia directa a su itinerario espiritual desde 1.899 hasta 1.960 . Todos ese material constituye una clara, importante y voluminosa fuente para conocer su espíritu.

Entre estos escritos encontramos: *Quiero ser santa, pero santa de verdad.*

OFRECIÓ SU VIDA

En sus escritos espirituales de 1929, vemos la preocupación de que en Venezuela se instaurara un gobierno comunista y como medio de intercesión, ofreció a Dios su vida. Se ofreció como "víctima espiritual". Madre María de San José escribió: *Me aterra pensar en la terrible consecuencia de la guerra. ¡Qué horror, Jesús mío... qué horror... te suplico, Esposo de mi alma que yo muera antes de presenciar cosas tan terribles!... Acepta el sacrificio de mi vida.* (1929)

MADRE MARIA DE SAN JOSÉ Y LA EUCARISTÍA

La Madre María de San José vivía en profundo clima de interioridad con Cristo. Vivía la eucaristía y la irradiaba. Desde los trece años decía: *En la Eucaristía está mi tesoro y en ella está mi corazón.*

Para cada uno de los hogares que iba fundando obtuvo licencia eclesiástica para tener la Eucaristía. *¡Un sagrario más! Ya las penas y pobreza serán aliviadas con la dulce presencia del Dios de nuestros altares, la por siempre amada, la adorable Eucaristía.* Por eso, se entristecía si tenía que cerrar alguna casa pues decía: *Es un sagrario menos...*

En medio del dinamismo del inicio de sus fundaciones y llena de juventud cumplió su promesa de mantener el ayuno absoluto durante diez años alimentada sólo por la comunión diaria. Prefería *mil muertes antes que dejar de comulgar un sólo día*, tanta era su sed del Dios sacramentado.

Como religiosa, con un sentido profundo y de sacrificio, estampó su ideal: *Cual pura hostia yo quiero inmolarme y por tu amor, ofrecirme en sacrificio a cada instante, Señor.*

Para estar muy cerca de la Eucaristía estableció su oficina al lado de la capilla, de manera de poder pasar con mucha frecuencia a visitar la Eucaristía. En ocasiones decía: *Cuantas veces tengo que hacerme violencia para poder dejar el reclinitorio.* Comentaba que a cada instante hacia una comunión espiritual.

Promovía la devoción a las horas santas y a las cuarenta horas para fomentar el culto a la Eucaristía. Cuando se le presentaba la oportunidad de asistir a alguna primera Comunión o a un congreso Eucarístico lo hacía con un gozo indescriptible.

Por su inmenso amor a la Eucaristía, se comprometió a confeccionar con sus propias manos las hostias que se consumían en

Maracay y en las parroquias vecinas. Al final de sus días confeccionaba miles y miles de hostias y las distribuía gratuitamente a los sacerdotes. Recomendó a sus hijas que siguieran prestando este servicio gratuitamente, y así lo siguen haciendo. Decía: *confeccionar hostias es multiplicar comuniones*. Y agregaba: *¡Oh!, adorable Hostia, divina Eucaristía, amor de mis amores, alivio de mis penas, esperanza de mi salvación, sed tengo, mi Dios, de morir en tu amor*.

En ocasiones se le escuchó decir: *¡Cómo quisiera no tener más ocupación que adorarlo día y noche en el augusto sacramento!*

Su afán de identificarse con Jesús hacía que le pidiera: Señor, quiero *amarte, no con los labios, sino identificándome contigo, siendo mansa y humilde, según Tu Corazón*. (E Octava de Corpus 1920)

Comprendió que es imposible celebrar dignamente la comunión sin comunidad de amor. Vivió la Eucaristía de la vida con un corazón abierto al amor y la fraternidad, compartiendo la fe, el pan y la vida con sus hermanos, especialmente los más pobres de bienes y derechos de Dios. Sus encuentros con Jesús Eucaristía la impulsaban a ser solidaria con los gozos, esperanzas, tristezas y angustias de todas las personas. Decía: *"Los desechados de todos son los nuestros; los que nadie quiere recibir, esos son los nuestros*. Esa doble dimensión: amor a la Eucaristía y amor a los hermanos, iluminaron y le dieron sentido a toda su existencia.

Uno de sus pensamientos preferidos era: *Quiero que mi vida se deslice entre el calvario y el altar, entre la cruz y la eucaristía*.

Sus escritos están impregnados de unción eucarística por ejemplo:

- *Sólo donde está el Santísimo Sacramento, está la verdadera felicidad. ... Sólo tú puedes satisfacer el hambre que me devora, la sed que me abraza... Sí, amado esposo, adorable Hostia, Misterio augusto, prisionero del amor, sólo tú (1906)*.

- *Sí, Hostia divina: rompe, rasga mi corazón y hazme tuya, toda tuya, y tu sangre divina se derrame sobre mi pobre alma, purifícala, que nada quede en mí que no sea tuyo sólo* (1919).
- *...aunque quisiera, nada sé decir de mi adorable Jesús; sólo sé sentir... ¡Quién me diera pasar mi vida adorándolo noche y día.* (E.1922).
- *Al estrecharte en mi miserable corazón durante la sagrada comunión, me ha parecido oírte muy claro: Hija mía, yo soy el pequeño de Belén, el adolescente de Nazaret, el querido de Betania, el Amor del Cenáculo, el triste de Getsemaní, la víctima del calvario, la resurrección misma, soy tu Dios. ¡Oh, Jesús mío, cuán encantador eres!* (1943)
- *Hostia adorable de mi Primera Comunión, Hostia santa de toda mi vida, sé siempre mi fortaleza, mi esperanza y mi todo hasta la muerte, hasta el cielo, que espero por tu misericordia.* (1954)
- *Yo quiero ser Señor, el alma arrepentida, que al pie de tu sagrario rinda por ti la vida yo quiero ser el alma que muera por tu amor, yo quiero ser el velo que cubre tu copón, y quiero ser la esclava que implora tu perdón* (sin fecha)

Algunas de sus experiencias eucarísticas, las anota así:

Qué de encantos, Jesús mío, he sentido hoy 6 de Junio (1923) al recibirte, qué paz y qué dulzura has dejado sentir a mi alma en la sagrada comunión! Al recibirte, me pareció verte, amado de mi alma como un niño que llegando al regazo maternal se abraza a su madre y duerme tranquilo. Como siempre pido a mi querida Madre que sea ella quien prepare mi alma para recibirte, y conociendo en verdad lo miserable de mi corazón, se esté conmigo hasta que las especies sacramentales se consuman. Por eso, hoy te vi llegar a los brazos amorosos de tu Madre y dormirte

tranquilo, y ¡qué paz tan grande dio esto a mi alma! Bendito seas, mi Jesús, bendito seas!.

Dios ha favorecido el amor de la Madre María de San José por la Eucaristía pues actualmente en la comunidad de la Agustinas Recoletas de Los Teques, se acrecienta cada día más la experiencia de Adoración al Santísimo Sacramento presente en la Hostia sangrada. Este fue un hecho extraordinario que ocurrió el 08 de Diciembre de 1991, en la Misa de media noche de Finca Betania, ubicada en Cúa, Estado Miranda, cuando celebraba Misa el padre Otty Ossa Arrizabal y la hostia, al ser consagrada, comenzó a sangrar. La custodia con la hostia con la gota de sangre ha sido estudiada por científicos y comprobada que es sangre humana.

La custodia que guarda este milagro eucarístico, único en Venezuela, ha estado desde el primer momento bajo el cuidado de las Hermanas Agustinas Recoletas en la comunidad de los Teques. Allí reciben a peregrinos del interior y exterior del país que se congregan en la capilla para rendir alabanza y adoración al Rey de Reyes presente en el Pan consagrado. Allí son muchos los que se rinden a los pies de Jesús Eucaristía dejándose llenar de Su gracia y bendición.

Este es un nuevo camino de Adoración perpetua y de acción desde la oración, la intercesión y la atención a los hermanos peregrinos y adoradores por parte de las Hermanas Agustina Recoletas. Se cumple así el sueño que Madre María de San José tenía desde 1966 de tener, dentro de la congregación, a todo un grupo de Hermanas dedicadas a la adoración perpetua del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Si la Eucaristía fue su centro, el bautismo fue la base de toda su trayectoria espiritual. Gozaba sintiéndose hija de Dios y de la Iglesia, heredera del cielo. Cada año conmemoraba con un retiro espiritual la gracia de su bautismo.

DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA

La Madre María de San José tenía una tierna y gran devoción por la Virgen María y por eso, como religiosa, tomó su nombre. Las fechas importantes de su vida como su Primera Comunión, la entrega de sus votos virginales a Dios.... Fueron todos realizados en fechas marianas, especialmente el 8 de diciembre día la Inmaculada Concepción.

Tenía la certeza, y se lo decía a sus hijas espirituales, que toda la grandeza de la Virgen estaba en el hecho de su maternidad divina. Esto hizo que Ella fuera el primer tabernáculo donde estuvo Jesús, el Salvador del mundo. Ella fue quien le dio al mundo el Cordero divino. Ella es la Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, de su “Cuerpo Místico”.

Entre sus prácticas de devoción mariana estaban: el ángelus diario; el rezo constante del rosario y el mantener entre sus manos, según lo permitieran las circunstancias, una pequeña imagen de María. Buscaba imitar a la Virgen María con su humildad, su mirada discretamente baja, modesta, y con Su actitud en la anunciación cuando le dijo al Ángel: “He aquí la esclava del Señor”.

Diariamente invitaba a la Virgen María para que la acompañara a recibir a su Jesús en la Sagrada Comunión, pues decía: *A María por la Eucaristía y a la Eucaristía por María.* Luego escribió: *¡Qué hermosa y encantadora es la comunión en unión de esta dulce Madre! El que no lo ha experimentado no puede valorarlo.* (Escritos 1927).

En las constituciones de 1906 escribió: *Tú eres, Virgen bendita nuestra madre salvadora, que al pie del madero santo, fuiste [también] redentora.*

Toda su vida, colocó bajo el manto de la Virgen sus tentaciones, tribulaciones y dudas. A Ella le encomendaba sus deseos de

santidad. La Virgen María fue su protectora maternal, su modelo y guía; su dulce mediadora.

Buscando ser siempre fiel a Dios, repetía constantemente las palabras que María había dicho en el Magníficat: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra porque ha visto la humildad de su esclava...”(Lucas 1,46–55) En ocasiones se le escuchó decir: *Quisiera vivir y morir cantando el Magníficat.*

Este canto mariano de gozo y gratitud, despertaba en la Madre María de San José profundas motivaciones en su alma y la conciencia de ser una humilde servidora. Se llamaba a sí misma, la “Minimita” de Jesús. Pues desde la experiencia sincera e íntima de su pequeñez, reconocía la grandeza infinita de su Dios y Padre, le agradecía profundamente todas las gracias y bondades que le había dado y le seguía dando. Consideraba pocos los días de su vida para alabarlo y glorificarlo. El Magníficat le daba una seguridad muy firme e inconmovible que para Dios todo es posible, pues es capaz de derribar del trono a los poderosos y enaltecer a los humildes, en quienes realiza maravillas.

Madre María de San José, además de amar y venerar a la Virgen, trataba de imitarla en su total entrega a Dios. Con gran humildad escribió: *Hoy, como siempre medité en tu humildad y demás virtudes que adornan tu virginal alma. Nada adelanto, Madre Mía ¡y te amo tanto! No sé cómo es este amor: el verdadero devoto tuyo, tiene que imitarte, y yo... estoy muy atrás.*” (Escritos 1935).

En 1944 escribió: *Madre mía, dame la santa perseverancia y fuerza para sufrir hasta llegar al cielo, mi único anhelo; para verte y poseerte con mi Jesús, en la amada patria, el cielo.*

En medio de sus dudas y su angustia de no merecer la salvación escribió:

¡Oh, dulce Madre mía! Pide a tu divino hijo, mi celestial esposo, piedad para mi alma. El sabe que no quiero desagradarle en nada: Hasta hoy su

infinita bondad me ha librado de hacer nada, nada, deliberadamente. Gracias, Madre mía. Bendecidme” (Escritos 1945).

Bendita seas Madre de Dios y dulce Madre mía. ¡Bendito sea mil millones de veces tu santo nombre! (E. 1953).

Refiriéndose al mes de mayo escribió en 1959: *Desde pequeña sentí gran amor por este mes encantador: es el mes de mi Madre Inmaculada y el mes de la Santa Cruz. Desde mis primeros años he sentido un amor grande, y todo el mes de mayo la adornaba con encanto.*

LA CONGREGACION CRECE

Con la aprobación de los venerables párrocos atendían los hospitales de Maracay, La Victoria y Villa de Cura. La revolución "Libertadora" había agotado cuantiosos recursos humanos y económicos. La Madre María, junto con diez de sus Hermanas de la congregación, dieron un gran testimonio de amor al prójimo al presentarse al cuartel general de Cagua a atender a los soldados heridos. Eran cientos de ellos entre partidarios del gobierno de Cipriano Castro y los del bando contrario. A todos los curaban por igual. El panorama que se vivía era de miseria, sangre, dolor, violencia... De allí pasaron al cuartel de Maracay y al Hospital San José, donde atendieron a unos ciento cincuenta soldados hospitalizados.

La Madre María, que desde niña había soñado en ser la "mamaíta" de un centenar de niños pobres, estaba clara que los adultos necesitaban hospitales, pero que los niños, necesitaban una familia, un hogar lleno de afecto.

Cuando decidió fundar el primer asilo para huérfanos, el padre López Aveledo le dijo que dudaba mucho que pudiera sostenerlo.

Ella lo animó a confiar en la Divina Providencia. Le dijo que era apremiante buscar librarlos de los peligros a los que se hallan expuestos, educarlos cristianamente y enseñarles algún oficio concerniente a su sexo. Luego, eso mismo lo escribió en los estatutos.

Los niños la llamaban "Mamaíta". Los educaba, los enseñaba a reír, a jugar, a comer a la mesa con cubiertos. Era feliz en medio de ellos. Le pidió a su mamá, doña Margarita, que se fuera a vivir con ella para darle aun mayor calor de hogar a los niños del asilo. A Doña Margarita los niños la llamaban "abuelita". Al padre López le decían "papá mío". El asilo se convirtió en todo un hogar.

Su gran conciencia cristiana unida a su confianza plena en Dios hizo que, fuera tocando los corazones de muchas personas, empresas e instituciones para que se abrieran a la generosidad y la solidaridad y así, poder ir creando toda una red de obras apostólicas y sociales en favor de los desposeídos: asilos para mendigos que deambulaban por las calles; escuelas nocturnas para empleadas domésticas; hospitales generales y antituberculosos; casas maternas, orfanatos, escuelas populares; evangelización permanente, impartida en los pueblos, en las cárceles y en los campos; catequesis en las parroquias y en las escuelas, y en algunos sitios, catequesis nocturnas.

Cuando se le hacía apremiante y difícil la situación de sus casas o de los hospitales con gran humildad, pedía aún más ayuda a sus colaboradores. Tal fue el caso con el General Juan Vicente Gómez. Este, como vicepresidente de Venezuela, había llegado a Maracay en 1899 buscando hacer de ella la primera ciudad del país en el ámbito industrial, militar y cultural. La adoptó como residencia, pues se dio cuenta de la ubicación estratégica de la ciudad. Al convertirse en Presidente de la República en 1908, colocó a Maracay como capital política de Venezuela y llevó desde allí la presidencia. Es interesante conocer que la Madre María de San José en diversas oportunidades acudió al "Benemérito", como

llamaban al General Juan Vicente Gómez, para solicitarle ayuda para sus fundaciones. Era tal su poder de convencimiento que siempre encontró ayuda. En una ocasión dijo el General Gómez: “si esta monja fuera hombre, sería Presidente de la República”.

Por todas las ciudades que iba pasando fundando o sencillamente visitando sus casas de niños huérfanos, ancianatos , hospitales... se tomaba tiempo para visitar a algunas familias del lugar y hablarles de lo bello de la vocación religiosa y de la entrega a Dios. De esta forma fue adquiriendo numerosas vocaciones. A las aspirantes y novicias las formaba y las ponía a trabajar en sus distintas casas... Así en cada fundación, habían Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús dirigiendo y trabajando por los más necesitados.

En 1904 se desató una nueva epidemia de viruela, enfermedad infecto-contagiosa que exigía el aislamiento de los pacientes. A esos "degredos" se trasladó la Madre María con sus Hermanas. Escribió en su diario: *El 15 de Agosto ya estábamos instaladas con nuestros pobres enfermos... Recuerdo con alegría esos hermosos días llenos de penas y amarguras*".

Por todos los sitios donde le era posible llegar, Caracas, Barquisimeto, La Victoria, Valencia, Coro, Maracaibo, Puerto Cabello y otras muchas ciudades y pueblos, iba distribuyendo sus comunidades de caridad, y junto con ellas, la presencia eucarística. A la hora de su muerte en 1967 el balance de sus fundaciones era: catorce hospitales de caridad; dos antituberculosos, un leprocomio, dos albergues para mendigos, once centro socio-educativos (orfanatos-escuelas) dos casas maternas y una escuela nocturna para domésticas.

En 1960, después de aproximadamente 60 años como Madre General de la Congregación, en presencia del Obispo de Maracay, Monseñor José Alí Lebrún, entregó el generalato a la Hermana Águeda Lourdes Sánchez y se quedó como una Hermana más de la congregación elaborando hostias.

EL FINAL DE SUS DIAS

Poco a poco Madre María de San José fue perdiendo fuerzas físicas. Sus noventa años llenos de actividad, entrega y enfermedades, minaban su cuerpo cada vez más. En 1963 sufrió una trombosis. Desde 1966 el deterioro de su salud fue cada vez mayor, hasta llegar el punto de no poder valerse por sí misma.

En sus últimos tiempos le surgieron fuertes dudas acerca de su posibilidad de salvarse. Su esperanza en la eternidad parecía desvanecerse porque no se sentía digna de recibir el abrazo de Dios. Esto la llevó a buscar elevarse hacia la infinita misericordia de Dios como una hija llena de amor por Él. Llena de humildad, buscando sacrificarse, con gran amor hacia los demás y abandonada totalmente a la vivencia del Eucaristía y de la voluntad de Dios, decía: *Soy toda de él, que haga conmigo lo que quiera.*

Sabía que le quedaba poca vida, por eso le pidió a las Hermanas que la llevaran hasta la Capilla porque ahí quería morir al lado de su amado Jesús, al pie de la Divina Eucaristía. Pidió ser sepultada, en la Sacristía del Asilo Inmaculada Concepción en Maracay.

Ya a punto de expirar estuvo rodeada del cariño y veneración de sus hijas espirituales, a quienes les pidió que le cantaran una canción a la Virgen que siempre le había inspirado gran devoción: “Es más dulce tu nombre María”, cuando las Hermanas terminaron de cantar, ella dijo: *Madre adorada, atendiendo de tu hija el clamor, haz que pronto a tus plantas sagradas, mi alma llegue rendida de amor.*

Sus últimas palabras demuestran su entrega total al plan de Dios: *Yo soy toda de El, y si me quiere quitar este rayito de luz, no digo esto, todo lo que quiera, yo soy toda de el, y puede hacer conmigo lo que quiera.* Después de esto, bendijo a las Hermanas y posando la mirada en el crucifijo, entregó su espíritu. Era el segundo Domingo

de Pascua, día 2 de abril de 1967, a las doce del día. Tenía 92 años de edad.

Las exequias se efectuaron con honras fúnebres llenas de emotividad después de permanecer sus restos tres días en capilla ardiente. Fue sepultada en la antigua capilla del asilo, calle santos Michelena, N° 14, bajo una blanca lápida de mármol que dice: "La Eucaristía fue el centro de su vida. Bebió en la misma fuente la santidad que transmitió a sus hijas". Hoy, reposan en el Santuario de las Hermanas Agustinas, frente al Hogar "Inmaculada Concepción" de Maracay donde transcurrió la mayor parte de su vida.

El proceso de su Beatificación comenzó en 1978. El 7 de mayo del 1992, el Papa Juan Pablo II promulgó el decreto sobre la Heroicidad de las virtudes, por el cual la Madre María de San José recibió el título de VENERABLE.

El estudio del milagro de curación de la Hermana Teresa Silva, atribuido a su intercesión, fue aprobado por unanimidad. La Hermana Teresa Silva estuvo durante muchos años enferma e inválida y un día la Madre María le dijo: *cuando cumplas 50 años de edad, tú te vas a curar*. Y así sucedió. El Papa Juan Pablo II, aprobó formalmente el milagro mediante el decreto del 23 de diciembre de 1993.

Como requisito para la Beatificación, se hizo necesario la exhumación de sus restos mortales de la ahora Venerable María de San José, el 19 de enero de 1994. En medio de un ambiente húmedo, con el ataúd en muy mal estado, encontraron su cuerpo incorrupto, su atuendo religioso estaba en perfectas condiciones y la cruz de madera junto al tallo del ramo de azucenas con las hojas aún vivas y verdosas. Esto hizo que las Hermanas prepararan un sarcófago de cristal para la veneración de sus hijas espirituales y de los fieles.

Fue Beatificada por el Papa Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro en Roma el 7 de Mayo de 1995, constituyéndose en la PRIMERA BEATA DE VENEZUELA.

Más adelante, el Ordinariato Castrense de Venezuela la constituyó co-patrona junto a la Virgen María. La jerarquía de la Iglesia ha dado permiso, para que varias Iglesias sean dedicadas en su honor.

PARALELISMOS

En el Evangelio: Marta y María La Madre María de San José supo unir en sí las figuras evangélicas de Marta y María. El trabajo y la oración convivieron en ella perfectamente integrados. De día estaba siempre al lado de los enfermos, los pobres, y de las niñas huérfanas, pero de noche pasaba largas horas ante el sagrario en íntimo coloquio con Jesús. De estas horas de contemplación sacaba la fuerza para trabajar activamente en favor de los más débiles.

Tanto en Santa Teresa de Jesús como en Santa Teresa de Calcuta y en la Madre María de San José, encontramos alta espiritualidad, tesón, perseverancia, humildad, carácter fuerte, don de mando, grandeza de corazón, amor al prójimo, ternura, inmensa energía, amor extraordinario a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Eran ascetas, místicas, aparentemente débiles y enfermizas pero llenas intrepidez, dinamismo y de una caridad que no conocía límites.

Respecto a los pobres: Santa Teresa de Jesús escogió la vida de pobreza evangélica como un modo de santificación para acercarse a Cristo. Su libro “Camino de perfección” lo comienza diciendo: “Y crean, mis hijas, que para vuestro bien me ha dado el Señor un poquito a entender los bienes que hay en la santa pobreza”. (CV 2,5). Madre Teresa de Calcuta se dedicó a los más pobres entre los pobres. Decía: “Seamos los servidores del pobre. Hemos de brindar al pobre un servicio generoso, sincero. En el mundo, a la gente se le paga por su trabajo. Sintámonos pagados por Dios.” La

Madre María de San José comenzó sus labores con los más pobres de los pobres varios años antes que lo hiciera la Madre Teresa de Calcuta . Madre María de San José decía: *Los desechados de todos, los que nadie quiere recibir, éstos son los nuestros*

El abandono total en manos de Dios es otra de sus características.

Santa Teresa de Jesús, la Madre Teresa de Calcuta y la Madre María de San José siempre se apoyaron en la Divina Misericordia. Santa Teresa de Jesús decía: "Teresa y cinco centavos no son nada; pero Dios, Teresa y cinco centavos bastan y sobran". Santa Teresa de Calcuta les prohibía a sus Hermanas guardar alimentos y dinero para el día siguiente pues debían aprender a vivir de la misericordia de Dios. Enseñaba que: "Cuanto menos poseemos, más podemos dar. Parece imposible, pero no lo es. Esa es la lógica del amor. Y depender de la Providencia de Dios". Con la certeza en la Providencia Divina impulsó todas sus fundaciones tanto dentro como fuera de la India. La Madre María de San José lo vivió toda su vida. Escribiendo acerca de la fundación de una de las casas dice: *"Esta fundación ha sido la más pobre, pero la más amada, por los sacrificios ofrecidos; nada son en comparación de lo que recibimos de la divina providencia; muy bien podemos llamarla: la casa de la divina providencia! Solo Dios, las Hermanas y el Señor Calderón, maestro de obras sabe cómo se ha levantado y seguirá levantándose, esa casa; al principio la familia González Padrón, tan pobres como nosotras, nos ayudaban con los fósforos, el poquito de kerosene y muchas cosas; las celdas, los bancos para sentarse, todo fue obra de las manos de las González Padrón: Dios las recompense"*.

Exhortó siempre a las religiosas a no guardar más de lo necesario. Ella misma poseía un solo hábito para salir y otro para la casa, viejecito, un solo y único par de zapatos. No deseaba que la Congregación mantuviera bienes ni seguridades económicas. Y hasta hoy todas las obras de la Congregación viven de la Divina Providencia.

Búsqueda incesante de Dios y tiempo de oscuridad: Santa Teresa de Jesús, Santa Teresa de Calcuta y Madre María de San José buscaron con tenacidad a Dios. Trataban de reafirmar el gozo cada vez más creciente y puro por su consagración religiosa. Santa Teresa de Jesús, la gran mística de Ávila, describió el tiempo de oscuridad de su alma de esta forma: “Oh válgame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece un alma hasta que entre en la séptima morada... Ningún consuelo se admite en esta tempestad ...” Santa Teresa de Calcuta pasó años de sequedad espiritual dudando hasta de la existencia de Dios. Decía: “en mi alma hay un profundo anhelo de Dios, tan hondo que hace daño; un sufrimiento continuo, y con ello el sentimiento de no ser querida por Dios, rechazada, vacía, sin fe, sin amor, sin celo...” Su crisis de fe duró sesenta y seis años. La Madre María de San José pasó décadas dudando de su salvación y con miedo a perder su alma. Por eso, constantemente apelaba a la misericordia de Dios.

En sus escritos apunta: *Hoy, Jesús mío, me he visto de nuevo turbada por el terrible pensamiento de la predestinación. Qué amargura tan grande es esto para mi alma. Me he preguntado: ¿Qué haría si tuviera la certeza de no ser predestinada para el Cielo? ... Qué horror! Me lleno de espanto ante este pensamiento, pero os digo Jesús mío: QUE SI NO LO SOY PARA EL CIELO, OS AMARÍA Y SERVIRÍA HASTA LA MUERTE, CON LA MISMA FIDELIDAD, QUE SI POR REVELACIÓN DIVINA, SUPIERA ERA PREDESTINADA PARA EL CIELO. Ay Jesús mío, acordaos que soy vuestra y tened piedad de mí.*

Andariegas de Dios: Las tres se convirtieron en andariegas de Dios, acudiendo solícita allá donde surgía una necesidad: En el caso de Santa Teresa de Jesús en veinte años fundó diecisiete monasterios de monjas y dieciséis de frailes. Santa Teresa de Calcuta a su muerte tenía seiscientos diez misiones en ciento veintitrés países, incluidos hospicios y hogares para personas con sida, lepra y tuberculosis, comedores populares, programas de asesoramiento para niños y familias, orfanatos y escuelas. La Madre María de San José realizó treinta y ocho fundaciones entre Caracas, Barquisimeto, La Victoria, Valencia, Coro, Maracaibo,

Puerto Cabello y otras ciudades y pueblos. Eran casas sencillas y pobres, pero limpias y acogedoras.

Alegría: Santa Teresa de Jesús decía: “Un santo triste es un triste santo”. Su forma de hablar era muy graciosa y su conversación suave, alegre, llana, y de cualquier tema que se tratara, sabía salir airosa. Entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. Por eso, era muy querida por todos. Santa Teresa de Calcuta decía: “Un corazón lleno de alegría es resultado de un corazón que arde de amor. La alegría es oración; la alegría es fuerza; la alegría es amor. Da más quien da con alegría. A los niños y a los pobres, a todos los que sufren y están solos, bríndales siempre una sonrisa alegre; no solo les brindes tus cuidados sino también tu corazón. La alegría debe ser uno de los pivotes de nuestra existencia. Es el distintivo de una personalidad generosa . Por su parte, Madre María de San José era una mujer de conversación agradable y cálida, que sabía aplicar los refranes criollos muy a tiempo, con un gran sentido del humor, alegre, simpática y acogedora. Decía a sus religiosas: “*No quiero verlas tristes, al Señor se sirve con alegría*”.

Deseo de morir Santa Teresa de Jesús tenía tal deseo de encontrarse con Dios que decía: “vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero porque no muero”. La Madre María de San José deseaba morir, pues el temor de perder a su Dios y Señor fue para ella motivo de íntimo sufrimiento, pero Dios le concedió experimentar la grandeza del cielo. Lo escribe así:

Qué rareza! Debe ser nervioso esto, pero ya me ha pasado tres veces!!!
EN UN INSTANTE, COMO DOS SEGUNDOS ME IMAGINO QUE ESTOY EN
POSESIÓN DEL CIELO. YO EXPERIMENTO UN GOZO Y RAREZA CELESTIAL!!!
NO PRETENDO DECIR JESÚS MÍO, QUE ES EL CIELO, NO... PERO DIGO ASÍ,
PORQUE NO SÉ EXPLICAR. SIENTO POR UN INSTANTE UNA PAZ Y UN
REGOCIJO TAN GRANDE, Y ME PARECE QUE NADA EXISTE A MI
ALREDEDOR!!! QUÉ GOZO ESPIRITUAL SIENTO!!! ES GRANDE PERO MUY
CORTO.

Amor a Dios sin interés El 13 de noviembre de 1915 la Madre María de San José le escribió una carta a una autoridad eclesiástica de Roma, donde entre otras cosas decía: "yo no me explico por qué un sacerdote dice que no tenemos ningún mérito aunque hagamos muchos sacrificios porque no está aprobada nuestra Congregación. Dios nuestro Señor ha prometido no dejar sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre, ¿cómo va a ver con indiferencia nuestros servicios? En fin, no servimos a Dios por temor al infierno, ni por la esperanza del cielo, sino sólo porque queremos consagrarnos a su servicio. Él hará lo demás... Y en fin, Excelentísimo Señor Delegado, si nuestra pobre Congregación no puede ser aprobada ni aún diocesana, seguiremos trabajando en el servicio de Dios toda nuestra vida".

En este orden de ideas podemos hacer un paralelismo con el siguiente soneto que, aunque se desconoce su autoría muchos se lo han atribuido a Santa Teresa de Jesús:

*No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido, muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, que aunque no hubiera cielo, yo
te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera, pues aunque lo que espero no
esperara, lo mismo que te quiero te quisiera.*

María de San José escribe en sus apuntes espirituales en 1931:

“no quiero salud, Jesús mío... no quiero enfermedad... sólo quiero lo que tú quieras. unida quiero estar a tu santa voluntad, salud, enfermedad, muerte o vida, lo acepto todo como tú lo quieras.

Ofrecimiento de la propia vida: Cuando, en 1918 se anunció la firma del tratado de paz para acabar con la Primera Guerra Mundial el **Dr. José Gregorio Hernández** dijo: “Ahora se que me

voy a morir pronto, porque Dios aceptó el sacrificio que le ofrecí: Darle mi vida con tal que se acabara esa guerra tan cruel". (De Gema, Rev.P. Eduardo p 253) El tratado de Versalles se firmó entre Alemania y los aliados, el 28 de junio 1919 y José Gregorio murió al día siguiente. La Madre María de San José se ofreció como víctima para que el comunismo no se hiciera presente en Venezuela. *Me aterra pensar en la terrible consecuencia de la guerra. ¡Qué horror, Jesús mío... qué horror... te suplico, Esposo de mi alma que yo muera antes de presenciar cosas tan terribles!... Acepta el sacrificio de mi vida"* (E 1929)

La incorruptibilidad es la propiedad de un cadáver humano de no descomponerse después de la muerte, a pesar de no haber sido embalsamado o preservado de manera alguna. Es atribuida a la intervención divina. Santa Rita de Casia, la patrona de los imposibles a quien Laura le pidió para el momento de su fundación, había fallecido en 1457. Considerada como una santa en vida, al morir, su cuerpo despedía una fragancia que nunca desapareció. Por eso, no la enterraron, su ataúd de madera fue reemplazado por uno de cristal y su cuerpo permanece incorrupto, en la Iglesia en la ciudad de Casia, Italia. Santa Teresa de Jesús falleció un 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes, España, su cuerpo incorrupto permanece en la capilla de la Anunciación de Alba de Tormes. La Beata María de San José (1875-1967), después de ser declarada venerable, procedieron a la exhumación de su cadáver. En medio de la destrucción casi total de la urna de madera, por la humedad del subsuelo, encontraron su cuerpo intacto con el atuendo religioso en perfectas condiciones y la cruz de madera junto al tallo del ramo de azucenas con las hojas aún verdes. En ese mismo año fue trasladado su cuerpo incorrupto a un sarcófago de cristal para la veneración de los fieles.

CONCLUSION

Con un padre no creyente, en una Venezuela donde el presidente General Antonio Guzmán Blanco había prohibido la religión, había cerrado la mayor parte de las Iglesias y las había dedicado para otros fines, donde había expulsado a las órdenes religiosas y había eliminado los conventos y seminarios, nació Laura Alvarado. Viviendo en tiempos de la presidencia de facto de Cipriano Castro, de la revolución libertadora y de la dictadura férrea del General Juan Vicente Gómez, en un tiempo donde la peste azotaba todo...surge Madre María de San José como la mujer llena de misericordia que, le da esperanza y aliento a todo un pueblo.

Para Laura Alvarado Cardozo, Madre María de San José, el supremo valor fue Cristo y su Evangelio; su máximo ideal la santidad; la constante en su vida fue la contemplación y la acción, la consagración y la misión.

En su juventud la llamaron "La Niña del Cristo"; más tarde, será según su propia expresión y convicción, se llamó "la esposa del Crucificado".

Su palabra suave y delicada llevó consuelo y paz a los hombres. Su vida fue un servicio. Su mensaje-testamento: "unidos en Cristo por una sincera caridad".

Madre María de San José y sus hijas las Hermanas Agustinas Recoletas han mostrado y siguen mostrando que la santidad de vida SI es posible.

ORACIÓN

Dios, Padre nuestro,
te damos gracias por los dones
con que te dignaste adornar
a la beata María de San José.
Concédenos imitarla
en la humilde aceptación de tu voluntad,
en el ardiente amor a Jesús Eucaristía
y en la entrega sin límites a los más desvalidos.
Dígnate otorgarnos su pronta canonización
y la gracia que por su intercesión te pedimos.
Por Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
por los siglos de los siglos. Amén!

ORACIÓN

Dios omnipotente y eterno
que nos has dado en la beata Maria de san José
un modelo de amor
a los huérfanos y ancianos abandonados,
haz que, siguiendo su ejemplo,
reconozcamos en los pobres y marginados
a tu hijo Jesucristo
y logremos servirles con el mismo amor
con que ella les sirvió.
Por Cristo Nuestro Señor,
Amén.

BIBLIOGRAFIA

Archivo Histórico de la Congregación de las Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús.

ACI Prensa: Beata Madre María de San José -
www.aciprensa.com › Recursos › Santos

Barrios, Dilia, A.R.; Madre María de San José, Publicaciones de la Gobernación del Estado Aragua, 3ª edición, Maracay 1994

De Gema, Rev.P. Eduardo, “El Siervo de Dios Doctor José Gregorio Hernández Cisneros”, p 253

García de Fleury, María: Madre María de San José, primera venezolana en los altares, Editorial Panapo, 1ª. Edición Caracas 1996

Hnas. Agustinas Recoletas, web oficial de la beata

Venezuela Tuya (María de San José)

www.agustinasrecoletas.net/mm_biografia.html